



ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

Realmente este hombre era Hijo de Dios

Reflexiones sobre el Evangelio de Marcos 14,1-15,47 (Domingo de Ramos del Ciclo B – 25 de marzo de 2018)



Llega a su fin el tiempo de la Cuaresma. Queda atrás el día en que nos impusieron la ceniza y que, junto con la comunidad, emprendimos el camino hacia la Pascua, hacia el triunfo definitivo de la Vida. Han sido 40 días de viaje a la hondura de nuestros corazones a través de la intensificación de la oración, del ejercicio de la solidaridad y de realizar algunos gestos que hablan de nuestro deseo sincero de salir de nuestro propio amor, querer e interés. Este camino, no exento de dificultades, retos y desafíos, ha sido el que muchos hemos elegido para llegar a este día en el que iniciamos la Semana Santa.

Hoy es Domingo de Ramos, todo está preparado para acompañar a Jesús en su entrada triunfal a Jerusalén. Las expectativas de un Mesías rey y guerrero, que liberara al pueblo de la opresión causada por el injusto invasor, se han ido desvaneciendo con el tiempo y han sido reemplazadas por la certeza de un Mesías Pastor y Siervo que triunfa entregando su vida, que triunfa amando hasta el extremo. A diferencia de nuestros líderes actuales, que se gozan con los protocolos y las parafernalias, Jesús entra como uno de tantos, como un hombre solidario con la causa de su pueblo y capaz de establecer una comunicación cercana y sencilla con los suyos.

La celebración y los textos de hoy nos regalan una cantidad de imágenes y mensajes para nuestra reflexión, no obstante y para no cansaros, os comparto solo tres puntos que me han impactado de manera particular este año.

Entra triunfante para dar la vida. No deja de sorprenderme la algarabía, la emoción y la hermosura del momento de la entrada de Jesús a Jerusalén. La expresión gozosa de los niños que cantan y extienden los mantos ante el borrico que trae al Señor contrasta con la dureza del texto de la pasión y con la consolidación de la estrategia de los líderes políticos y religiosos para acabar con Jesús y poner fin a la revolución del amor iniciada por este profeta itinerante de Nazaret.

Los gestos de la fiesta no ocultan la realidad: ¡Jesús entra para morir! Entra en medio del reconocimiento de los suyos y con una sonrisa cautivadora -como la del Cristo de Javier en Navarra- porque su mayor alegría está en dar la vida por la humanidad. No se

la quitan, la entrega generosamente para reconstruir el proyecto de humanidad que con el Padre soñaron en la primera hora de la creación. Su mayor alegría no está en salvarse sino en dar la vida para salvarnos.

La decepción de la traición. El mismo pueblo que lo alaba y le reconoce como Hijo de David, es el que pide su muerte en cruz. Sin perder la sonrisa y la compostura del amor entregado, Jesús no pasa de largo ante la traición de su pueblo y su corazón de hombre, sin duda alguna, es atravesado por el dolor. ¿Cómo encajar la realidad de la traición? ¿Cómo aceptar con humildad y entereza que sus amigos, con los que compartió sueños y fatigas, se hayan dejado seducir por los líderes religiosos y ahora, como una masa enardecida, le entreguen al verdugo? ¡El mismo pueblo que cantaba hosanna es el que ahora grita crucifícalo!

Interpelante imagen para quienes seguimos hoy a Jesús. ¿Podemos alabar a Jesús en el Templo mientras permitimos que cientos de hermanos suban al patíbulo? Nuestros cantos de alabanza no pueden ser indiferentes ante cruces modernas como la pobreza, la guerra, la trata de seres humanos, el reclutamiento de niños soldados, la criminalización de la migración, la marginación de las minorías y un largo etcétera. Hoy como ayer no podemos en la primera hora alabar a Dios y en la segunda pedir su muerte en la muerte de la vida digna de nuestros hermanos.

Realmente este hombre era Hijo de Dios. Un ateo hace una confesión de fe. El anónimo soldado romano ha presenciado de cerca todo el proceso contra Jesús. Ha sido testigo de un juicio amañado y del complot de sus correligionarios para acabar con la propuesta de una religión centrada en el amor y no en la ley, en las personas y no en los ritos. Ha sido testigo de la entereza y del valor que generan las profundas convicciones de amar y servir a los hermanos aunque ese amor y ese servicio impliquen la entrega de la vida. Ha sido testigo de la ternura y de la compasión que solo un hombre lleno de Dios puede dar. Ha sido testigo del valor que da la sintonía con el Padre y el saber que lo que hace tiene un valor salvífico universal. Ha sido testigo, en últimas, de un amor sin límite.

Ante eso que han visto sus ojos y su corazón ha sentido. Ante el grito desgarrador de la entrega por amor solo queda decir: realmente este hombre era Hijo de Dios.

Vayamos con Jesús a vivir la pasión y pidámosle que, con nuestra vida, invitemos a otros a confesar: realmente este hombre es el Hijo de Dios.